

Ecologismo y democracia

ALDEMARO ROMERO DIAZ

El ambientalismo es uno de los grandes movimientos sociales de la historia humana. Es difícil hallar desde el surgimiento de las grandes ideologías del siglo pasado, movimiento que pueda compararse en rapidez, acogida y profundidad en los cambios que ha producido.

Desde su nacimiento en los años '60 como una idea de "hippies", el ambientalismo se ha convertido en un pensamiento aceptado por la mayor parte de la sociedad mundial. Con la posible excepción de Japón, no existe nación influyente en el mundo que no lo haya abrazado. Líderes de filosofía neoliberal y no intervencionista como Margaret Thatcher, se convirtieron en ambientalistas en mayor o menor grado. Incluso hoy, para la irritación de muchos ambientalistas que creen que no se puede ser un ecologista "puro" si no se es de izquierdas, existe una corriente bastante sólida de neoliberales que se ha adherido a la idea "verde" utilizando la premisa que los controles ambientales no sólo generan empleos, sino que el ecologismo ha servido para mejorar las empresas en lo que se refiere a la calidad de los productos y servicios que ofrecen al público. No en balde, no existe hoy megaempresa que se atreva a no posicionarse como ambientalista. Pero por importantes que parezcan estos cambios, hay otro mucho más sutil, pero quizás mucho más profundo que se está generando. Se trata del desarrollo del binomio ambientalismo-democracia.

Desde que la mayor parte de la población se dio cuenta que ambientalismo no era simplemente una cuestión de moda, sino que su producto final era el mejorar la calidad de vida, todos nos hicimos mucho más conscientes y preocupados por nuestro entorno y los factores que lo condicionan. Por una parte, nos hicimos mucho más sensi-

bles respecto a la información que sobre la situación ambiental recibimos y mucho más exigentes respecto al gobierno y las empresas y su responsabilidad ambiental. Nos hicimos mucho más conscientes en nuestra actitud (y no sólo nuestra opinión) respecto al ambiente. En otras palabras, exigimos dos cosas a las cuales los políticos de sistemas autoritarios o de democracias poco desarrolladas, como la nuestra, son tremendamente alérgicos: absoluta libertad de información y demostración de soluciones concretas y no de retórica ante un determinado conjunto de problemas.

Ha sido este cambio de actitud el que ha llevado a países democráticos a aplicar políticas socialmente responsables, al desarrollo de movimientos ambientalistas masivos y a horrorizarnos al ver que junto a la opresión y la injusticia, uno de los símbolos más fehacientes de los países totalitarios o poco democráticos es el deterioro ambiental, tal y como hemos visto tras la caída de la Cortina de Hierro.

Venezuela, lamentablemente, no es una excepción a la regla antes descrita. El nivel de información sobre nuestra situación ambiental es muy pobre. El gobierno, quien tiene la información y los medios para hacer del venezolano un ser mucho más sensible hacia su problemática ambiental, continúa de forma contumaz con su política informativa de no hablar sobre el nivel de contaminación del aire de nuestras ciudades, el lamentable estado de muchas de nuestras teóricamente áreas protegidas, la rampante deforestación y la alta proporción de playas contaminadas.

Si queremos una Venezuela moderna, profundamente democrática y ambientalmente sana, tenemos que empezar por practicar la libertad de información ecológica. Sólo así tendremos venezolanos con una actitud distinta. Sólo así dejaremos de ser súbditos para convertirnos en ciudadanos.

22/11/91